

Reynoso, Alejandra D. (abril 2005). *Arqueología en Catamarca. El Valle de Santa María de Yocavil : Arqueoastronomía en un poblado precolombino de Yocavil : La frontera del sol en Rincón Chico*. En: Encrucijadas, no. 31. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubas.sisbi.uba.ar>>

Arqueología en Catamarca

El Valle de Santa María de Yocavil

Desde aproximadamente el siglo X de la Era Cristiana y hasta la llegada de los españoles, los calchaquíes ocuparon el Valle de Santa María, entre otros, en las actuales provincias de Catamarca, Tucumán y Salta. El nombre cristiano del valle deriva del hecho de haberse asentado allí en el siglo XVI la misión jesuítica de Santa María de los Ángeles de Yocavil, suponiéndose que este último término habría sido la denominación del valle en la perdida lengua kakana.

En los artículos que siguen, tres especialistas en arqueología de la UBA dan cuenta de sus investigaciones en este valle. Javier Natri se ocupa de la iconografía en la cerámica calchaquí, Luis González nos cuenta sobre la importancia y particularidad de la metalurgia desarrollada en el valle y Alejandra Reynoso estudia un sofisticado observatorio solar en Rincón Chico.

Arqueoastronomía en un poblado precolombino de Yocavil

La frontera del sol en Rincón Chico

ALEJANDRA D. REYNOSO

Lic. en Antropología con
especialización en Arqueología.

Investigadora en el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

Mil años atrás, aproximadamente, se construyó en Rincón Chico una señal para no olvidar nunca la llegada de los días más largos. Un lugar para mirar el sol poniente durante el solsticio de verano. Un lugar y también una frontera. El observatorio solar del poblado precolombino de Rincón Chico pone en juego tres construcciones desde ya únicas en relación con todas las demás, muy numerosas por cierto, que conforman el antiguo asentamiento. Ubicado a 3 km de la actual ciudad de Santa María en Catamarca y ocupando el pie, las laderas y la cumbre de un cerro muy particular sobre la margen occidental del valle de Yocavil (Fig. 1), este emplazamiento constituyó el núcleo poblacional, político y religioso de lo que hoy se conoce como localidad arqueológica de Rincón Chico. Contemporánea a otras numerosas comunidades y protagonista junto a ellas de la historia prehispánica tardía del valle (siglos X a XVI), formará parte también de aquellas poblaciones que los conquistadores europeos denominaron genéricamente diaguita-calchaquíes o simplemente calchaquíes. Así, en poco tiempo los invasores encontraron un nombre para todas ellas, mientras que fueron más de cien años y encarnizados enfrentamientos los necesarios para dominarlas.

Finalmente, al igual que todos los centros poblados del valle (también conocidos como pukaras), el asentamiento indígena en el cerro de Rincón Chico con una población mínima de mil personas nunca más fue habitado. Sin embargo, incontables cosas quedaron, porque de alguna manera todo lo que pasó quedó allí para siempre. Las investigaciones arqueológicas nos permiten acercarnos a muchas de ellas, que más que cosas son indefectiblemente y antes que nada relaciones sociales. Lo mismo puede

decirse entonces del observatorio solar que en Rincón Chico siguió señalando al sol durante siglos sin que nadie otra vez lo mirara.

La importancia de las prácticas de observación astronómica para la elaboración de calendarios por parte de las comunidades agropastoriles precolombinas de América se hace manifiesta en numerosos documentos coloniales, así como también en diversos estudios arqueoastronómicos modernos [1]. Mirar y marcar el sol desde lugares específicos constituyó para estas antiguas comunidades la práctica de observación astronómica más recurrente, aquella que permitía reproducir un conocimiento vital y cotidiano: el desplazamiento cíclico del sol en el horizonte junto con la sucesión de las estaciones. Este desplazamiento aparente posee dos puntos extremos opuestos que corresponden al solsticio de verano y al solsticio de invierno (para el hemisferio sur, alrededor del 21 de diciembre y 21 de junio, respectivamente). Mientras que el punto medio de este ciclo anual se vincula con los equinoccios de primavera y otoño (alrededor del 21 de septiembre y 21 de marzo, respectivamente).

Como hitos de un calendario observacional, determinadas posiciones del sol en el horizonte consideradas importantes para la vida social pudieron señalarse a partir del establecimiento de una alineación astronómica (una por cada fenómeno a señalar) conformada por un punto de observación y un punto de referencia en el horizonte o proyectado hacia él. La manipulación social de un espacio, que abarca tanto la elección e inclusión de un rasgo natural así como también el uso de la arquitectura, constituye el camino más utilizado en la América precolombina para fijar el conocimiento sobre determinados fenómenos solares. En definitiva, estos observatorios perpetúan a través de la comunicación un saber ya adquirido. Además, en tanto monumento que ayuda a construir un mensaje temporal, se puede decir que el observatorio se define como materialización del tiempo público.

El antiguo poblado de Rincón Chico estudiado ininterrumpidamente desde mediados de la década del '80 [2], posee una extensión de 40 hectáreas y una gran complejidad interna en cuanto a la distribución, relación y características de las distintas construcciones que lo conforman. Las mismas superan el significativo número de trescientas y corresponden a distintos tipos arquitectónicos, como por ejemplo viviendas o recintos, plazas, muros de contención y plataformas.

El observatorio solar fue construido en la ladera este-oeste del poblado, en el sector denominado Quebrada del Puma. Está formado por tres construcciones alineadas que poseen características arquitectónicas muy particulares. Una de ellas fue el punto de observación al pie de la ladera y otra el punto de referencia en el horizonte.

De esta manera, la Plaza 111 conforma el amplio espacio que define el punto de observación. Se trata de una estructura muy llamativa aunque hoy parcialmente derrumbada al pie de la quebrada. A partir de los trabajos de excavación se pudo determinar que este espacio de 190 m² aproximadamente, se encuentra delimitado por muros bajos de 1,50 m de ancho. Esta construcción se destaca en cuanto a su emplazamiento y decoración del muro externo que mira hacia el Oriente con grandes bloques de cuarzo blanco, pegmatitas rosadas y lajas grises combinados en hileras. El tramo de pared interna descubierta por la excavación combina también las mismas materias primas y colores en lo que parece ser un diseño especial. También sobresale la importancia de los grandes bloques que constituyen los cimientos del muro, conformando

un rasgo constructivo único dentro del poblado. Las excavaciones realizadas apoyan la idea de un lugar abierto, profusamente barrido en el cual no se habrían realizado tareas domésticas. Al mismo tiempo, este espacio se vincula con otras construcciones en aterrizados contiguos [3].

En segundo lugar, se aprecia la Plataforma Tricolor como punto de referencia en el horizonte del propuesto observatorio. La misma es una construcción que a manera de escenario ha sido cuidadosamente trabajada combinando hileras de lajas grises, piedras rosadas y grandes bloques de cuarzo blanco representando en el centro una figura. Conserva una altura de 2 m con casi 10 m de largo y una planta semicircular de 2,5 m de radio. Esta estructura posee como telón de fondo un gran paredón de piedra rosada y dos rampas laterales para el ingreso desde la cumbre, sector con el que se vincula desde el punto de vista de la circulación (Fig. 2). Al mismo tiempo, desde una perspectiva visual, la Plataforma Tricolor está fuertemente relacionada con la Quebrada del Puma.

Por último, el Recinto de los Ojitos es la tercera construcción que reafirma la alineación que forman las estructuras ya mencionadas ubicándose aproximadamente en la mitad de esa misma línea. Se trata de una habitación casi semicircular con una perfecta pared de lajas oscuras. En su aparejo externo se insertan dos bloques de cuarzo blanco cuya posición dentro del muro y el marcado contraste que provocan parecerían mostrarnos dos ojos abiertos. Esta pared, que desde el exterior conserva una altura de poco más de tres metros, ayuda a conformar una de las cuatro líneas de murallas que hoy podemos ver atravesar toda la Quebrada del Puma (Fig. 3).

Debido a la decoración y a la combinación de colores, desde la Plaza 111 se pueden distinguir con claridad, primero el Recinto de los Ojitos y más arriba aún la Plataforma Tricolor contra el horizonte de la Quebrada del Puma. Podemos decir que el Recinto de los Ojitos confirma la vinculación entre la Plaza 111 y la Plataforma Tricolor; entre la observación del sol poniente en el solsticio de verano y la intención de señalar y comunicar este fenómeno en tanto hito social del calendario anual. Justamente, desde la Plaza 111 se observa cómo el sol poniente durante el solsticio de verano se oculta detrás de la Plataforma Tricolor (Fig. 4).

El observatorio solar de Rincón Chico habla del tiempo público y, a su vez, nos muestra un espacio particular desde el cual mirar ese tiempo a través del ritual. Las características arquitectónicas de la Plaza 111 (recordemos que posee una superficie de 190 m²) sugieren la posibilidad de que allí se congregara un grupo de personas para esperar que el sol poniente del solsticio de verano se ocultara detrás de la Plataforma Tricolor. Las dimensiones de los monumentos involucrados son adecuadas para la señalización de la puesta del sol en un horizonte tan cercano a los observadores (poco menos de 200 m, aunque 100 m por encima de ellos). El sol se esconde tras la plataforma unos pocos días alrededor del 21 de diciembre. Por este motivo, es muy importante destacar que la clave de este observatorio no es tanto la precisión, sino más bien marcar un límite insoslayable: allí donde el sol detiene su marcha hacia el sur para regresar una y otra vez hacia el norte.

A su vez, las características de tono escénico que posee la Plataforma Tricolor (recordemos las dos rampas laterales de ingreso desde la cumbre y el paredón de pegmatita como telón de fondo) también hacen posible pensar que en el momento preciso determinadas personas se ubicaran allí para que de alguna manera el sol cayera sobre

ellos. Si es así, los que miraban desde la plaza no sólo habrían visto al sol poniente, sino también a estas personas, a las cuales seguramente también estarían escuchando. El observatorio logra que un punto específico en el espacio, el horizonte de la Plataforma Tricolor, sea la contracara de un momento, del mismo modo que un punto específico en el tiempo, el solsticio de verano, posea su contraparte espacial. Sin duda, la observación de este fenómeno se haría a través del ritual, hecho que no implica la producción de dicho conocimiento, sino su reproducción por y para determinados actores sociales y en un espacio muy particular. En estas sociedades atravesadas por jerarquías y en consecuencia por importantes conflictos regionales, dicho ritual estaría íntimamente vinculado con la expresión del poder social. El observatorio de Rincón Chico no fue pensado para ampliar los conocimientos astronómicos, sino para fijar uno de estos saberes, para apropiarse de él y ponerlo en práctica puntualmente año tras año. Después de todo, ésta es la intención que subyace en su monumentalización.

Como un magnífico ejemplo de la importancia del sol en las prácticas de observación astronómica realizadas por las antiguas sociedades de los Andes del sur, el observatorio solar de Rincón Chico quedó en este poblado a pesar de los siglos. Allí, desde hace mil años, sus monumentos están mirando y marcando el punto más austral del recorrido del sol en el horizonte, a donde llega una y otra vez y nunca cruza más allá. Su frontera.



Fig. 1. Cerro del poblado de Rincón Chico.



Fig. 2. Plataforma Tricolor.



Fig. 3. Recinto de los Ojitos.

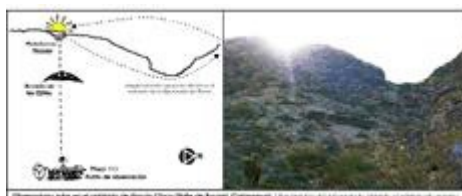


Fig. 4. Observatorio solar de Rincón Chico. Una vez que el sol llega a la Plataforma Tricolor alrededor del 21 de diciembre comienza su lento regreso hacia el norte. La fotografía fue tomada desde la Plaza 111 durante el solsticio de verano, cuando el sol iba desapareciendo detrás de la Plataforma Tricolor.

Notas

[1] Por ejemplo: Brian Bauer y David Dearborn, *Astronomía e Imperio en los Andes*, Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de Las Casas", Cuzco, Perú, 1998; Johanna Broda, "Arqueoastronomía y desarrollo de las ciencias en el México prehispánico", en *Simposio de Historia de la Astronomía en México*, pp. 69-117, Ed. Marco Arturo Corral, Instituto de Astronomía, Universidad Autónoma de México, 1982; David Dearborn, Matthew Seddon y Brian Bauer, "The sanctuary of Titicaca: where the sun returns to earth". *Latin American Antiquity* 9 (3), pp. 240-258, 1998.

[2] Por ejemplo: Myriam N. Tarragó, "Sociedad y sistema de asentamiento en Yocavil". *Cuadernos Instituto Nacional de Antropología* 12: 179-196, Buenos Aires, 1987; Javier Natri, "La Arquitectura Aborigen de la Piedra y la Montaña. (Noroeste Argentino, Siglos XI a XVII)". *Anales Museo de América* 9: 141-163. Madrid, 2001; Myriam N. Tarragó y Luis R. González, "La construcción del espacio social en Rincón Chico, Noroeste de Argentina". *Estudios Atacameños* (e.p.). San Pedro de Atacama, 2002. Tanto estos como el presente trabajo se realizaron dentro del "Proyecto Arqueológico Yocavil" dirigido por la Dra. Myriam Tarragó (UBA-CONICET).

[3] Alejandra Reynoso, *Saber del sol su frontera. Arqueoastronomía en el poblado de Rincón Chico (900-1600 d.C.)*, provincia de Catamarca, Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2003.